

Una lección para toda la vida

por

Ann Meerman



Cuando Ana era joven su abuelo le contaba historias. Cuando había tormentas de nieve no podían salir debido a las carreteras peligrosas, pero las noches eran muy frías en su casa porque no tenía electricidad. Entonces Ana iba a la casa de sus abuelos que tenía la chimenea más grande. El Abuelo se sentaba en su mecedora y Ana se sentaba en el suelo delante de la chimenea encendida. A otras personas el Abuelo les parecía un hombre duro pero ella sabía que él tenía un corazón grande. Durante las horas que pasaban ahí, bebían chocolate caliente y comían galletas. Esos momentos son tesoros de su pasado. Uno de sus recuerdos favoritos fue el invierno más duro de su niñez. No había parado de nevar por dos días y no importaba que tan grueso fuera el abrigo, todavía hacía mucho frío. El Abuelo le contó una historia para hacerla entrar en calor.

Él empezó a hablar de una isla que había visitado en su niñez e inmediatamente Ana quedó cautivada. Le dijo: “Ana, esa isla es mi lugar favorito de todo el mundo.” ¿Sabes por qué?” Ana le indicó que no porque no tenía ninguna idea. El Abuelo continuó: “Voy a describir esa isla pero tienes que hacerme una promesa. Cuando tengas hijos y nietos, les contarás esta historia”. Ana hizo la promesa y el Abuelo le habló de esa isla extraordinaria.

Tenía doce años la primera vez que visité la isla. No me gustaba la escuela porque los otros chicos eran malos y nunca me permitían jugar al béisbol con ellos. Mis padres siempre estaban ocupados y yo no tenía hermanos ni hermanas con quien podía jugar. Un día estaba tan aburrido, que decidí caminar por el bosque. Allá encontré un columpio que

nunca había visto. Me senté en él y me columpié tan alto que pensaba que el cielo estaba al alcance de mis pies. Cerré mis ojos y pensé en cosas felices. Cuando abrí mis ojos no sabía dónde estaba. Estaba en una playa con palmeras y agua de un azul brillante. Me di un pellizco para despertarme pero no funcionó, todavía estaba en el paraíso.

Decidí explorar. Primero busqué un palo para hacer un camino. Entré en la jungla como un explorador valiente del mundo nuevo, no había ningún ruido a excepción del agua batiendo la orilla. Sentí que había caminado por millas y millas y todo lo que había visto era árboles y más árboles. Entré en un claro, el sol era muy brillante, la tierra destellaba como esmeraldas. Había un árbol grande en el centro del claro. Nunca había visto un árbol tan magnífico. Me acerqué cuidadosamente y lo toqué con la mano. De repente, el árbol estaba vivo, con ojos, orejas, una nariz y una boca. Las ramas se agitaron, los ojos se abrieron, y dijo, “¿Qué estás mirando? ¿Nunca has visto un árbol que habla? ¡Jajaja!” No podía decir nada, estaba asombrado. El árbol siguió, “Me llamo Esperanza, soy un árbol de los deseos. Dime los deseos de tu corazón y te los concederé.” Inmediatamente empecé a pensar en qué iba a pedir primero; tener la facultad de volar, de desaparecer, de ser el mejor jugador de béisbol. Quizás deba pedir algo como un perro, o una casa lujosa con una piscina. Había pensado mucho tiempo y finalmente decidí qué quería. El árbol había esperado muy paciente, le declaré, “Quiero un amigo al que le gusten las mismas cosas que a mí”. El árbol respondió: “Si estás seguro, cierra los ojos y cuenta hasta cinco.” Yo indiqué que sí, estaba seguro y dije: “Uno, dos, tres, cuatro, cinco...” Después hizo mucho viento y un chico de la misma edad que yo, entró en el claro. Me acerqué un poco tímido. Él me preguntó: “¿Cómo te llamas?” Contesté: “¿Javier y tú?” El chico se llamaba Pablo, tenía pelo moreno y ojos verdes; llevaba un gorro de béisbol, una camiseta, y jeans.

Pablo y yo decidimos jugar al béisbol y para ello le pedí al árbol dos guantes, un bate, y una pelota. Cerramos nuestros ojos y contamos hasta cinco. Cuando abrimos los ojos el equipo cayó de las ramas delante. Jugamos al béisbol en la playa por horas y horas. Después teníamos hambre por eso regresé al árbol y le pedí la pizza de queso más grande del mundo. Podía oler la pizza, seguí mi nariz y encontré a Pablo comiendo una pizza tan grande como Marte. Nosotros comimos tanta pizza que nuestro estómago nos dolía. Volví al árbol para comer postre. De repente, unas hojas se convirtieron en dulces. No me importaba más cómo se sentía mi estómago.

Luego, cuando Pablo y yo estábamos nadando, Pablo me preguntó por qué había

pedido un amigo y le expliqué que en la escuela no tenía amigos porque no podía jugar al béisbol tan bien como los otros, no tenía hermanos, ni siquiera un perro. Pablo me preguntó si había algo que yo hiciera muy bien y no pude pensar en nada, pero me gustaba dibujar, jugar con animales, y explorar el bosque. Pablo pareció muy confundido y dijo, “¿Si no te gusta tanto el béisbol, por qué quieres jugarlo con aquellos chicos, por qué no buscas amigos como yo a los que les gusten las mismas cosas que a ti?” Respondí: “Porque quiero ser popular y tener muchos amigos”. Pablo gritó: “¡Eso no es importante en la vida, lo fundamental es tener amigos sinceros y aquellos chicos malos que se burlan no son los amigos que estás buscando! Debes estar orgulloso de tus talentos y nunca debes intentar ser como los otros.”

En ese momento entendí lo que Pablo dijo. Corrí al árbol y pedí papel, lápices, y marcadores. Pablo y yo dibujamos hasta que estaba oscuro. Pablo me dijo que la hora de irse había llegado, nos abrazamos, y me dijo que podría visitarlo cuando quisiera, y finalmente desapareció en el bosque. Busqué el árbol pero no podía encontrarlo en la oscuridad. Estaba solo sin Pablo y sin el árbol. Empecé a llorar, y grité, “¡QUIERO IR A CASA...UNO...DOS...TRES...CUATRO...CINCO!” De repente, hubo un terremoto y cuando abrí los ojos estaba al lado del columpio cerca de mi casa. Corrí a mi casa y abracé a mis padres.

Al día siguiente no les pedí a los chicos malos jugar al béisbol, pero en la clase de arte, encontré un chico que dibujaba animales. Él se llamaba Pablo y todavía somos amigos.

“Ana, muchas veces es fácil pensar que no tienes mucho y que quieres un coche más rápido, una casa más lujosa, o ir a la última moda; pero realmente esas cosas no son importantes. Lo que es importante es que seas tú misma. A tus amigos les debe gustar esta persona y si no pues no son buenos amigos.”

Ana nunca ha olvidado este cuento de su abuelo y todos los días ella se mantiene fiel a sí misma. También cumple su promesa y comparte la historia con sus niños.

Septiembre 28 de 2009